

mirarlos, supuesta la existencia de los vegetales.

Por último; la armonía del mundo visible y la felicidad de los sentidos del hombre reclaman, al parecer, la existencia de este orden de criaturas, a las cuales, además, pudiera Dios comunicar una especie de incomparabilidad, para relacionarlas con el estado de los hijos de Dios. Esta última explicación es muy a propósito para conciliar ambas opiniones.

No solo las leyes de la naturaleza quedarán modificadas, sino que los elementos, para concurrir á la felicidad de los escogidos, y satisfacer los sentidos en sus nobles operaciones, recibirán cualidades admirables. Si se exceptúan los placeres del tacto y del gusto, ó, al menos, el mismo objeto que ahora (4), no tenga la menor duda de que nuestros ojos serán recreados por deliciosas armonías, y nuestra vista por pasmosos espectáculos. La Escritura nos habla con frecuencia de conciertos celestiales: sin dificultad alguna pueden tomarse estas palabras al pie de la letra.

También nos habla, no ménos frecuentemente, de la luz, que brillará á nuestra vista en el estado de gloria. Cuando todas las borrasas del mundo habrán sido arrojadas al infierno, las propiedades del fuego quedaran divididas: «Voz del Señor que

dispara centellas de fuego: *Vox Domini intercedentis flammam ignis* (1); el fuego conservará su ardor para atormentar á los réprobos, y con su luz recogerá á los bienaventurados. En el centro de la tierra, paraje donde probablemente está el infierno, será tenebroso y devorador; mas, fuera del infierno, prodigará el beneficio de su claridad. Porque entonces todos los elementos serán iluminados de una manera admirable.

«La luz de la luna será como la luz del sol, y la del sol sera siete veces mayor que sería la luz reunida de siete dias (2)».

«Sobre la tierra, no quedará ningún cuerpo opaco; el suelo será transparente como cristal: *Platea civitatis... tanquam vitrum perlucidum* (3). Ahora bien; la tierra es lo más grueso del mundo visible; luego, los demás elementos recibirán una dosis de claridad, proporcionada á su mayor ó menor diafanidad natural (4).

Así, pues, esta nueva Jerusalem terrestre, construída por la mano de Dios, «no necesitará sol (5), porque la claridad de Dios la tendrá iluminada, y su lumbrera será el Cordero; y a la luz de ella andarán las gentes: no habrá allí noche: *Nox enim non erit illis* (6).»

De esta suerte quedará consumado el misterio de Dios. Desde esta época, todo es orden: los malos, han sido castigados; los buenos, recompensados. Jesucristo reina en el mundo visible é invisible, por los siglos de los siglos.

¡OH JESÚS, VENGA VUESTRO SANTO REINO!

(1) Ps. XXVIII, 7.

(2) Is. XXX, 26.

(3) Apoc. XXI.

(4) D. Thom. 4. dist. 48. q. 2. a. 4.

(5) Apoc. XXI, 23 et seq.

(6) Recomendando aquí que se lea por entero el capítulo XXI del Apocalypsi, y el principio del capítulo XXII, vv. 1 á 5, donde se halla una descripción magnífica de la nueva creación material de Dios. No todo es alegórico en ese capítulo, pues muchos de sus detalles pueden aplicarse al mundo visible renovado,

## CONCLUSION.

### § 1.—Cuándo vendrá el Anticristo?

La santa Escritura no determina nada acerca del tiempo preciso del Anticristo; nos enseña, empero, que no vendrá sino después de la predicación del Evangelio por todo el mundo, y la destrucción completa del imperio Romano.

## I.

### PREDICACION UNIVERSAL DEL EVANGELIO.

Es de fe, que el Evangelio será predicado en todas las partes del mundo, ántes de su fin. «Debe ser predicado el Evangelio en todo el mundo, en testimonio para todas las naciones: y entonces vendrá el fin (1).» Empero ¿lo será antes del advenimiento del Anticristo?

En mi concepto, puede contestarse con la afirmativa. Porque, segun San Juan, el reinado del hombre del pecado se establecerá ántes del último castigo del mundo (2). La persecucion hará cesar el culto público, y la Iglesia, entonces, muy lejos de pensar en nuevas conquistas, verá con el mayor dolor un considerable número de sus hijos, que la abandonan, para ir en pos del falso Mesías. Luego, la difusión del Evangelio ha de ser universal ántes de la aparición del Anticristo. Desde los principios de la Iglesia, es verdad, los Apostoles hicieron resonar su voz en todo el mundo entonces conocido (3). Empero, Nuestro Señor no habla tan solo de la predicación del Evangelio, sino también de su difusión y de su aceptación universales. ¿No está escrito: «se convertirá al Señor toda la extensión de la tierra; y se postrarán ante su acatamiento las familias todas de las gentes (4)?» Nadie, dice San Próspero, tenga la temeridad de adelantarse a decir, que habrá una sola nación, un solo país, donde las tiendadas de la Iglesia no se dilatarán. ¡Acaso, Dios el Padre, no dijo á su Hijo: Pideme,

y yo te daré las naciones en herencia, y extenderé tu dominio hasta los extremos de la tierra (1)?» San Juan (2), en el Apocalypsi «no vió una muchedumbre, que nadie podia contar de todas naciones, y tribus, y pueblos, y lenguas, que estaban ante el trono y delante del Cordero, revestidos de un ropaje blanco, con palmas en sus manos?» Cuando se dice, que el Evangelio debe ser predicado y recibido por todas las partes del mundo, esta universalidad debe evidentemente entenderse en sentido moral, puesto que hasta el fin del mundo será por algunos impugnada su doctrina. Empero; ¿cuando el Evangelio habrá sido suficientemente anunciado, cuando habrá producido bastante fruto, en el designio de Dios, para no dilatar por más tiempo la segunda venida de Cristo? Es imposible decirlo: es el secreto de la Sabiduría divina, «la sola que hizo todo el giro del cielo, y penetró por el profundo del abismo, y se pasó por las olas del mar, y puso sus pies en todas las partes de la tierra (3).»

## II.

### EL IMPERIO ROMANO.

Otro acontecimiento se habrá realizado ántes de la venida del Anticristo, á saber: la destrucción completa del imperio Romano.

¿En qué datos está fundada esta asercion, y qué debe entenderse por el imperio Romano?

Hé aquí la prueba sacada de las santas Escrituras acerca de la proposición que acabamos de sentar. Daniel (4) describe la sucesion de los imperios hasta el fin del mundo, bajo el emblema de una estatua, cuya cabeza de oro figuraba el imperio de Asiria; el pecho de plata, figuraba el imperio de los Persas; el vientre de cobre, simbolizaba el imperio de los Griegos; las piernas de hierro, eran símbolo del imperio Romano. Los diez dedos de los pies de la estatua, representaban los diez reyes, que han de repartirse el último imperio. Vió

(1) Matth. XXIV, 14.—Marc. XIII, 40.

(2) Apoc. XIII.

(3) Ps. XVIII, 4 y 5.

(4) Ps. XXI, 28.

(1) De liber. arbit. ad Rufinum.

(2) Apoc. VII, 9.

(3) Eccles. XXIV, 8.

(4) Dan. II, 31 y sig.

tambien Daniel, cuatro de esos reinos bajo la figura de cuatro bestias. La cuarta bestia produjo diez astas, figura de los diez últimos reyes, salidos del imperio y sus destructores (1). San Juan describe una bestia de siete cabezas y de diez astas. Sobre esta bestia estaba sentada una mujer: es la ciudad de las siete colinas, representada por las siete bestias (2). Las diez astas simbolizan diez reyes enemigos de esa ciudad, los cuales la saquearán, la trastornarán, la destruirán (3). Los Padres siempre han interpretado en el sentido, que acabamos de exponer, esas profecías simbólicas. San Pablo, escribiendo a los Tesalonicenses por segunda vez, a fin de desilusionarlos de su falsa idea de la venida inmediata del Soberano Juez, les dice: «No abandonéis ligeramente vuestros sentimientos, ni os alarméis con supuestas revelaciones... como si el día del Señor estuviese ya muy cercano: no os dejéis seducir de nadie en pingüna manera, porque no vendrá *este día*, sin que primero haya acontecido la apostasia... Ya sabéis vosotros las causas que ahora lo detienen, hasta que sea manifestado, ó venga en su tiempo señalado. Entretanto, el que esté firme ahora, manténgase, hasta que sea quitado el impedimento, y se haya dejado ver aquel inicuo (4).» Este texto, oscuro en sí mismo, ha sido interpretado del mismo modo por san Ambrosio, san Jerónimo, san Juan Crisóstomo, san Ireneo (5). Todos estos Padres afirman, como recibido por tradición apostólica, que san Pablo quiso designar el imperio Romano en las citadas palabras, que explican de esta manera: Que las manos que en la actualidad rigen el imperio, continúan riéndonle hasta su completa destrucción. El Apóstol no se expresó con más claridad, sin duda, para no lastimar el orgullo roma-

(1) Según muchos comentadores, Roma, vuelta idólatra, será destruida y quemada, por esos diez reyes, obedeciendo, probablemente, las órdenes del Anticristo. (Cornel. à Lap. in Apoc.)

(2) Apoc. XIII, 1; y XVII, 3 et 4.

(3) Dan. VII, 8 et seq. Apoc. XVII, 12 et 16.

(4) II Thess. II, 3 et seq.

(5) Ambros. in 11 ep. ad Galat., Hieronym. quaest. II ad Alagarum: Chrysost. hom. IV in hanc epist., Hippot. de Antichristo: Iren. lib. haer. c. 23 et 26.

no. Créase en Roma, que la Ciudad sería eterna; y hubiera sido calificada de blasfemia ó sacrilegio digno de los mayores castigos, el emitir una proposición contraria á esta creencia. Tanto es así, que una de las principales acusaciones contra los cristianos, era representarlos como enemigos del imperio y de Roma. Los primeros apologetas se dedicaron á refutar esta calumnia. Tertuliano (1) dice, que los cristianos ruegan por la conservación del imperio, cuya ruina no podía dejar de ir acompañada de grandes calamidades. Parece, pues, cierto, que el imperio Romano será destruido por completo y reemplazado por el del Anticristo. La Escritura lo afirma, los Padres lo enseñan casi unánimemente (2). Oigamos á Lactancio sobre este particular: «El nombre Romano, que gobierna hoy día el mundo [esto me horroriza, mas la verdad me obliga á citarlo] el nombre Romano, repito, desaparecerá de la tierra. El imperio volverá al Asia; el Oriente dominará otra vez, y el Occidente le quedará sometido (3).

Empero hay que explicar lo qué debe entenderse por imperio; y para extender su duración hasta nuestros días, se ofrecen tantas dificultades, como para resolver el problema de la profecía de Jacob, relativa á la permanencia del cetro en Judá (4).

Prenden unos, que la ruina del imperio Romano y su division entre diez reyes no traerán inmediatamente al Anticristo. Estos diez reyes pueden tener sucesores, y su reino puede prolongarse indefinidamente, hasta la venida del último conquistador. San Juan parece autorizar esta hipótesis, cuando dice, que estos reyes recibirán la dominación por espacio de una hora: *una hora potestatem accipere* (5).

Creen otros ver en la Escritura y en los Padres, el advenimiento del Anticristo inmediatamente despues de la destrucción del imperio Romano por los diez reyes. Partiendo de este principio, algunos teólogos se adelantan á decir, que la monarquía tempo-

(1) Apologet. c. 32.

(2) San Agustín, lib. 20 de Civit. c. 19, no sabe como interpretar el texto de San Pablo, y Teodoro opina de diferente modo.

(3) Lib. VII, 45.

(4) Gen. XLIV, 10.

(5) Algunos creen que nos hallamos ya en la época de los diez reyes.

ral romana ha perseverado hasta nuestros días, y perseverará hasta el fin. Hé aquí como explican su pensamiento. Una de las partes del imperio, una de las piernas de la estatua de Daniel, cae, la otra permanece en pié. El Occidente muere, mas el Oriente sobrevive. El Oriente se hunde, á su vez, y la Providencia há desde mucho tiempo levantado el imperio, por medio de los Papas, en la persona de Carlomagno. De los Francos, pasa el imperio á los Alemanes, y, de esta suerte, la sucesión temporal de los emperadores Romanos ha continuado hasta principios de este siglo (1). El título de emperador Romano no existe ya: sin embargo, subsiste todavía una monarquía temporal en Roma. Por pequeña que sea, ella subsiste á los ojos de los partidarios de esta opinión, para salvar la verdad de la profecía. Si así fuere, pudiéramos casi decir, que dista muy poco el tiempo de la desolación final. Digo, casi, porque el Omnipotente no ha pronunciado todavía su última palabra en esta formidable cuestión romana, de la cual dependen los destinos del mundo.

Empero, otros teólogos refieren esta profecía al poder espiritual de Roma. «El imperio Romano no ha sido destruido aún, dice santo Tomás (2), sino que ha sido transformado: de imperio temporal, ha venido á ser imperio espiritual, como lo dice san Leon, en la festividad de los santos Apóstoles. Hay, pues, que convenir, en que la defección de que habla el Apóstol, no es tan solo la rebelión contra el imperio temporal, sino tambien contra el imperio espiritual, es decir, contra la fe de la Iglesia Romana. Lo que impide la venida del Anticristo, dice más adelante, es, que muchos deben todavía abrazar la fe, y otros perderla, hasta que la Iglesia sea devastada por la gran apostasia.» Por imperio espiritual no debe entenderse únicamente el gobierno religioso de los individuos, sino tambien la influencia de los principios cristianos en la esfera social. La Europa, aunque dividida en muchos reinos, ha vivido del espíritu religioso de Roma, que se descubre en todas sus leyes ó instituciones públicas. El gran imperio pagano de la Roma antigua, ha venido á ser la cristiandad; sublime anarquía regida por la ley de Cristo, y por la

ley de la Iglesia, la cual representa á Jesucristo en la tierra; pero esta «ley emana de Roma, la nueva Sion: *de Sion exhibit lex* (1). Hoy, las sociedades tienden á secularizarse, esto es, á sustraerse de la influencia de la Iglesia Romana. Muy en breve no existirá más que un pequeño Estado Romano, donde Cristo sea verdaderamente Rey (2), así como antiguamente solo en la Judea se conocía, adoraba y servía al Dios verdadero: *Notus fu Judaea Deus* (2). ¿Quién, pues, no se inclinara á ver, en este abandono general de la ley cristiana y católica por las sociedades modernas, un principio de la apostasia final predicha por san Pablo (3)? Sin embargo, no ignoro que Dios ha hecho cruciales á las naciones. Podiera muy bien acontecer, que esta ceguera no fuese más que una crisis pasajera, á la cual sucediese una más perfecta expansion de la idea católica en el gobierno de las naciones.

§. 2.—Incertidumbre de la época de los últimos acontecimientos. — II — Manera prudente de interpretar las señales precursoras del fin del mundo.

Como quiera, léjos de mí la idea de pretender fijar la época de los grandes acontecimientos. La sabiduría humana es siempre muy limitada, cuando se trata de penetrar en los designios del Altísimo. «¿Quién fue su consejero (4)?» «Cuanto se eleva el cielo sobre la tierra, así se elevan sus pensamientos sobre los pensamientos nuestros (5).»

Cierto día, los Apóstoles preguntaron á Jesús: «¿cuándo vendrá el fin del mundo (6)?» Hé aquí lo que Jesús les respondió:

(1) Is. XI, 3.

(2) Thess. II, 3.

(3) Muchas almas buenas creen en un trípulo universal de la Iglesia católica, antes del fin de los tiempos y del advenimiento del Anticristo.

(4) Is. XL, 13.

(5) Is. LV, 9.

(6) Matth. XXIV, 3. — Marc. XIII, 4. — Luc. XVII, 20.

(\*) Téngase presente, que al publicarse este libro, no se había realizado aún la invasión de Roma por las tropas del rey del Piemonte. (El traductor.)

(1) Bellarm. de Summo Pontif.

(2) Thom. in II Thess. 2.

«No os corresponde á vosotros el saber los tiempos que tiene el Padre reservados en su poder (1).» «En órden al día y á la hora nadie lo sabe, ni los ángeles del Cielo, ni el Hijo, sino el Padre (2).»

Dios, pues, ha querido que fuesen tan ignorados los últimos tiempos del mundo, y tan inciertos, como lo es el día de la muerte de cada uno de nosotros.

Guardámonos, por lo tanto, de computar los tiempos, por no exponernos á quebrantar el precepto del Sabio: «No seas curioso escurdiador de las muchas obras de Dios: in pluribus operibus Dei ne fueris curiosus (3).» Preparémosnos, empero, para este último acontecimiento, como para la muerte: «Velad, pues, vosotros ya que no sabéis á que hora ha de venir vuestro Señor.»

«Estemos con nuestras ropas ceñidas por la mortificación;» «tengamos en nuestras manos las luces ya encendidas (4),» y, en este estado, aguardemos la venida del Señor.

Además, una idea preconcebida de la aproximación ó de la distancia de este tiempo terrible, pudiera fácilmente turbar nuestro espíritu ó hacernos presunidos.

Recordemos el espanto de los Tesalonicenses, á quienes San Pablo se vió en la necesidad de tranquilizar. «Os suplicamos que no os alarméis con supuestas revelaciones con ciertos discursos, ó con Cartas que se supongan enviadas por nosotros, como si el día del Señor estuviera muy cercano; no os dejéis seducir de nadie (5).» Nadie ignora, el pánico que reinó en el año mil, cuando, apoyándose en una falsa interpretación del Apocalypsi (6), algunos fanáticos predicaban el inmediato fin del mundo.

Más aún: el demonio gana mucho difundiendo semejantes predicciones entre los cristianos. Porque, no resultando justificadas esas profecías arriesgadas, los débiles en la fe, toman de ahí la ocasión de menospreciar las predicciones verdaderas de la Escritura, ó, al menos, de dudar de ellas.

- (1) Act. I.  
(2) Matth. XXIV. 36.—Marc. XIII. 32.  
(3) Eccli. III. 22.  
(4) Luc. XII. 35.  
(5) II Thess. XI. 2 et seq.  
(6) Apoc. XX. 2.

Acerca de lo cual dice San Agustín: «Aquel que anuncia indiscretamente que la venida del Señor es cercana, incurre en un error funesto. Suponed, que el acontecimiento no se verifique, los hombres, no dirán que el advenimiento del Señor está aplazado, sino que de-jarán de creer en la verdad de la profecía, con grave detrimento de sus almas (1).»

Sin embargo, una preocupación contraria sería tan funesta, ó peor, pues engendraría la presunción.

Á fin de que estemos siempre prevenidos, la santa Escritura toda entera afirma, que los últimos tiempos no están distantes.

Los profetas de la antigua Ley exclaman: «Cerca está el día grande del Señor (2); el fin llega, llega ya el fin, dice Ezequiel (3).» En la Ley nueva, San Pedro nos advierte, que el fin de todas las cosas se va acercando (4). San Juan afirma, que «esta es ya la última hora ó edad del mundo (5);» y Nuestro Señor, en el Evangelio asegura, «que no se acabará esta generacion, hasta que se cumplan todas estas cosas (6).»

Por eso algunos Padres, impresionados con estas palabras de la Escritura, y la aparicion de ciertas plagas, señales precursoras del último advenimiento de N. S. Jesucristo, creyeron ver en su tiempo la realización de las profecías.

San Gregorio el Grande, testigo de las desgracias que acompañaron la caída del imperio de Occidente, no vació en predicar la llegada del fin del mundo (7). San Ambrosio se figura asistir á las escenas de la última catástrofe (8). San Hilario toma la persecucion de los Arianos por la prueba final (9); y San Cipriano exclama: «Vosotros debéis saber, que el día de la tribulacion comienza á brillar sobre nuestras cabezas: ha llegado ya el fin del mundo; los

- (1) Epist. 80 ad Hesych.  
(2) Sofon. I. 14 et seq.  
(3) Ezeq. VII. 6.  
(4) II Pet. IV. 7.  
(5) I Josann. II. 18.  
(6) Matth. XXIV. 34.—Luc. XXII. 32.  
(7) In homil. I in Evang. et lib. 8 ep. 41, et hom. 4, in Evang.  
(8) Lib. 16, in Luc.  
(9) In Constant. et in lib. contra Arianos et August.

tiempos del Anticristo están ya cerca: preparémosnos para el combate (1).»

¿Cómo conciliar, pues, las palabras de la Escritura y de los Padres, con lo que nos dice la experiencia?

Mil ochocientos años hace, que ha empezado la última hora de que nos habla San Juan. A pesar de las aprehensiones de los Padres, el mundo aún existe. ¿No pudiera asarse á la Escritura de error, y tildar á los Padres de ligereza y de imprudencia?

Nada de eso.

Fiel el Señor en todas sus promesas (2), ha prevenido la objecion, cuando dijo: «El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no faltarán (3);» y cuando hace decir á San Pedro: «Vendrán en los últimos tiempos impostores artificiosos, arrastrados de sus propias pasiones, que dirán: ¿Dónde está la promesa ó el segundo advenimiento? porque desde la muerte de nuestros padres, todas las cosas permanecen del modo mismo que fueron criadas... Vosotros, queridos, no debéis ignorar una cosa, y es, que un día respecto de Dios, es como mil años, y mil años como un día. No retarda el Señor su promesa, como algunos juzgan, sino que espera con mucha paciencia por amor de vosotros, el venir como juez, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos se conviertan á penitencia (4).»

Su primer advenimiento, que duró al menos cuatro mil años, habia sido predicho en términos tan precisos como los del último. Isaías dice: «Próximo está á llegar su tiempo (5).» «Aún falta un poco de tiempo, dice el Señor por boca de Ageo, y yo pondré en movimiento el cielo y la tierra (6).» Ahora bien: este poco de tiempo equivale á cuatrocientos años: este tiempo tan próximo, encierra un periodo de setecientos años.

Concluyamos, pues, que Dios no mide las cosas como nosotros. Lo que á nosotros nos parece largo, es un nonada para el

- (1) Lib. IV. 6.  
(2) Ps. CXLIV. 13.  
(3) Matth. XXIV. 35.—Marc. XIII. 31.—Luc. XXI. 32.  
(4) II Pet. III. 9 et seq.  
(5) Is. XIV. 4.  
(6) Agg. II. 7.

Eterno, que puede decir siempre: «Mira que vengo luego (1).» «Es cosa todavía lejana, dice Habacuc, más ella, al fin, se cumplirá. Si tardare, espérala; que el que ha de venir, vendrá, y no tardará (2).» No imiteis al siervo de que nos habla el Evangelio (3). Viendo que su amo no venia, empezó á maltratar á los criados á las criadas, y á comer, y á beber, á embriagarse; pero el amo llegó de improvviso, en la hora que él menos esperaba, y castigó á aquel siervo infiel como merecía.

Los santos Padres, hablando de la proximidad del fin de los tiempos, se han conformado con el lenguaje de la Escritura. Y además, ellos veían en las calamidades de su época las señales de un peligro probable. Y ¿no era prudente, exhortar á los fieles, á que se preparasen para la venida del Soberano Juez, en tiempos tan calamitosos como aquellos, en los cuales existían gravísimos motivos para temer, como es muy prudente ordenar todos los asuntos cuando se está amenazado de una enfermedad peligrosa?

En este sentido, pues, los Padres, engañados por sus conjeturas, pero no en el espíritu de precaucion con que obraban, anunciaron el fin del mundo. Era un temor muy fundado el que expresaban, en vista de las calamidades de su tiempo. ¿Pudiera-se echarse en cara como un crimen?

Luego, se me replicará, las señales del segundo advenimiento del Salvador, no son infalibles, puesto que los Padres pudieron equivocarse en su apreciacion.

Es fácil contestar á esta dificultad.

Entre las señales precursoras del fin de los tiempos, las unas son características, tales como la predicacion del Evangelio por todo el universo, segun el sentido antes indicado, y la aparicion del Anticristo. Las otras, son comunes á todas las épocas. Estas últimas señalan son las que sirvieron de base á las ideas de ciertos Padres acerca de la proximidad del fin del mundo, en lo que se equivocaron sin duda.

Dichas señalan son cuatro; á saber:

1.<sup>a</sup> Las persecuciones exteriores: «Poco

- (1) Apoc. III. 11.  
(2) Habacuc. II. 3.  
(3) Luc. XII. 45.

antes que sucedan todas estas cosas, se apoderarán de vosotros, y os perseguirán, y os entregarán a las sinagogas, y meterán en las cárceles, y os llevarán por fuerza á los reyes y gobernadores (1).» Y en la persecucion os harán morir. De suerte, que se reís odiados de todo el mundo por escandalizarán; se harán traicion y se delatarán los unos a los otros (2).» El cumplimiento de esta profecía comenzó parcialmente con el principio de la Iglesia, y ha continuado hasta nuestros días; y se cumplirá perfectamente en los días del Anticristo.

2.<sup>a</sup> Las persecuciones interiores. «Mirad que nadie os engañe; porque muchos han de venir en mi nombre, diciendo: Yo soy el Cristo: surgirán muchos falsos profetas y seducirán a muchos (3).» ¡Qué de heregias, qué de cismas no han destruido el seno de la Iglesia, aguardando el momento de la apostasía general!

3.<sup>a</sup> Las guerras y el tumulto de las naciones. «Oireis noticias de muchas batallas y rumores de guerra. Los pueblos se sublevarán, se armará nacion contra nacion, y un reino contra otro reino (4).» Tales calamidades, preciso es confesarlo, siempre han existido. Sin embargo, desde la era cristiana, han sido tan frecuentes en ciertas épocas, que san Agustín se vió en la necesidad de refutar las objeciones de los paganos, que atribuían al triunfo de la religion cristiana la causa de todas esas calamidades (5). Las desastrosas guerras del Anticristo consumarán la realizacion de esta profecía.

4.<sup>a</sup> La perturbacion de los elementos y de las criaturas inanimadas. «Habrá pestes y hambres, y terremotos en varios lugares, y señales espantosas aparecerán en el cielo (6).» Con una multitud de hechos, la historia atestigua el cumplimiento de las palabras de N. S. Jesucristo: el porvenir; y,

(1) Luc. XXI, 12.

(2) Matth. X, 22.—Marc. XIII, 13.—Luc. XXI, 17.

(3) Matth. XXIV, 4.—Marc. XIII, 5.

(4) Matth. XXIV, 6.—Marc. XIII.

(5) Aug. lib. II, Retract. c. 43, et lib. III, de Civit. D. c. 20 et 21.

(6) Matth. XXIV, 7.—Marc. XIII, 8.

sobre todo, los últimos tiempos con sus terribles catástrofes acabarán de atestiguarlo.

Esos diferentes males se llaman señales de la ruina del mundo, porque son otros tantos elementos destructores, semejantes á los principios mórbidos que circulan en el cuerpo humano, principios cuyo desenvolvimiento hace presentir una muerte más ó menos próxima. Cuando aparezcan esas señales, nuestra fe podrá considerarlas como la crisis de la enfermedad mortal que ha atacado á este mundo, condenado á perecer tarde ó temprano. Hoy, por hoy, la accion deletérea de esas calamidades es limitada; porque «no son más que el principio de los males futuros: *Hæc initia dolorum* (1).» Pero cuando el mundo entrará en su última agonía, los males se darán cita, y desplegarán toda su virtud para destruirlo por completo. «El universo se armará para pelear con Dios contra los insensatos (2).» Y esta generacion, esto es, la edad actual, la sexta edad del mundo, no pasará sin que estos acontecimientos se hayan verificado.

No puede decirse otra cosa más precisa acerca de la época del fin de los tiempos. Porque en cuanto á la opinion que atribuye al mundo una existencia de seis mil años, aún cuando tenga en su favor la autoridad de un cierto número de Padres y de teólogos (3), y de razones místicas, ignoramos hasta que punto deben tomarse en consideracion.

FIN.

Los Talmudistas tienen una tradicion semejante, que dicen, habia sido conservada en la casa de Elias (no el profeta). San Agustín (lib. 20 de Civit. c. 7), mira esta opinion como probable. Pero san Ambrosio

(1) Matth. XXIV, 8.

(2) Sap. V, 21.

(3) El mundo fué criado en seis días;—como un día, respecto de Dios, es como mil años (II Pet. III, 8),—el mundo durará siete mil años. Así discurren San Justino (quest. 71 ad Gentiles), San Ireneo (lib. V.) Laclaneo (lib. VII, c. 14) San Hilario (in cap. XVII, Math.) San Jerónimo (in Ps. 89 ad Cyprinum.)

(lib. VII in Luc.) y muchos otros Padres la impugnan. Entre los teólogos, Belarmino la enseña como probable.

Entre los modernos, el autor anónimo de los *Precursores del Anticristo*, ha hecho sobre este asunto un cálculo ingenioso, que trasladamos aquí á título de mera conjetura, sin responsabilidad alguna de nuestra parte. Apoya su opinion en el texto siguiente de Daniel, al cual hemos dado nosotros una interpretacion distinta en el cuerpo de este libro: «Desde la abolicion del sacrificio perpétuo y de la desolacion de la abominacion, transcurrirán 1290 días. ¡Feliz aquel que aguarda y llega hasta 1335 días!»

El punto de partida de esta profecía parece ser la aparicion de Mahoma, que coincidió, á poca diferencia, con la caída del imperio Romano pagano. Mahoma abolió, en efecto, el *Sacrificio perpétuo*, por dó quiera dónde sus armas fueron victoriosas, y todo el mundo está de acuerdo en reconocer, que Daniel designa el fin del imperio pagano de Roma por estas palabras: *la desolacion de la abominacion*.

Así, pues, el año de la égira 622 sería

el principio de los 1290 días. Ahora bien; la palabra *día*, tiene con frecuencia la significacion de año en la profecía de Daniel. Si añadimos 1290 años á los 622, tendremos un resultado de 1912 para el año de la aparicion del Anticristo, cuyo reinado ha de durar 45 años, puesto que es proclamado feliz aquel que aguarda con paciencia hasta 1335 días, es decir, 45 años, despues de trascurridos los 1290 años. La persecucion del Anticristo comenzará, pues, en 1957, y terminará en 1977, puesto que debe durar tres años y medio, como lo hemos dicho anteriormente. Luego, el año 1937 sería el último año del mundo, para los partidarios de la opinion que lo fija 45 dias despues de la muerte del Anticristo.

Otros comentadores designan el año 1855 para el nacimiento del Anticristo: tal es la opinion del piadoso y sábio Holzhauer. Preciso es confesar, que son muy problemáticos todos esos diferentes cómputos (1).

(1) Véase las Conjeturas sobre las edades de la Iglesia por Mr. Amadeo Nicolás con respecto á los tres años y medio que durará la persecucion del Anticristo, pág. 122 de este libro.